

labios de la vírgen pudorosa que sueña con su amante, y lo mira con ese amor que los ángeles sienten en el cielo
 Sigues impasible tu carrera, ¡oh luna! y vas visitando todo el orbe. Tú, mudo testigo de catástrofes y crímenes, tú serás acaso en el fin de los tiempos la pregonera del vicio y de la virtud, para hundirte luego en la nada! Sigue, sigue tu carrera inundando de luz la mísera tierra, ó inspirando blanda tristeza á quien te mira!

FRANCISCO ZARCO, (*Méjico.*)

POETAS ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS.

EL CIPRÉS.

Si por mi tumba pasas un día
 Y amante evocas el alma mía,
 Verás un ave sobre un ciprés,
 Habla con ella, que mi alma es.

Si tú me nombras, si tú me llamas,
 Si allí repites que así me amas,
 Da oído al viento dentro el ciprés,
 Y con él habla, que mi alma es.

Pero si esclava ya de otro dueño,
 Turbas é insultas mi último sueño,
 Guárdate, ingrata, de ir al ciprés,
 Huye su sombra, que mi alma es.

Huye del ave, huye del viento,
 De toda forma, de todo acento
 Pero es en vano; do quier estés
 Verás la sombra de ese ciprés.

J. A. CALCAÑO, (*Venezuela.*)

SONETO.

IMÁGEN espantosa de la muerte,
 Sueño cruel, no turbes mas mi pecho
 Mostrándome cortado el nudo estrecho,
 Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo ;
O al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con falsa llave ó con violento insulto ;
Y déjale al amor sus glorias ciertas !

B. L. DE ARJENSOLA, (*Esp.*)

PLEGARIA.

SER de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente :
Extended vuestro brazo omnipotente,
Romped de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo marcar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio,
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada ;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece,
Y aun esa misma nada os obedece
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al traves de mi cuerpo el alma mia
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz, y acabe mi existencia . . .
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio.

PLÁCIDO, (*Cuba.*)

SOB RE LA COLINA.

DESDE esta seca áspera colina
Ven mis lánguidos ojos á lo léjos
Del sol de mi existencia que declina
Los dudosos y pálidos reflejos.

El crepúsculo lento veo asomando.
I en la montaña opuesta, allá perdida,
Otra sombra mas negra se va alzando,
¡La sombra de la noche de la vida !

Del árbol de mi otoño ¡cuán aprisa
Las hojas amarillas van cayendo!
¡Con qué fatal tenacidad la brisa
Las va del tiempo en el abismo hundiendo!

En vano de mis años fugitivos
Intento retardar el ráudo vuelo :
Del sol de juventud los rayos vivos
Apagándose van en mar de hielo.

A contemplar mi prófugo pasado
 Vuelvo hácia atrás con ansiedad los ojos,
 ¡Qué yermo tan oscuro ó desolado!
 ¡Cuánta marchita flor! cuántos abrojos!

Empero al recorrer con firme paso
 Mi senda de malezas y de escarcha,
 Próximo á los confines de mi ocaso,
 El mismo soy que al emprender la marcha.

Hoy arrostro con noble fortaleza
 Los rudos golpes de la suerte impía
 I en el duro jergon de la pobreza
 Duerme tranquila la conciencia mia.

LEOPOLDO TURLA (*Cuba*).

LAS DOS LAGRIMAS.

“¡Adios por siempre, hijo del alma!”
 Un triste anciano al expirar clamaba;
 Y el tierno infante que su sien besaba,
 “¡Adios por siempre!” el infeliz decia.

Vertió el viejo la lágrima postrera,
 Y vertió la primera el niño en tanto;
 Y confundidas última y primera,
 Símbolo fueron de su igual quebranto.

¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
 Del corazon brotó más dolorida?
 ¿La del que el primer mal sintió en la vida,
 O la de aquel que un bien halló en la muerte?

R. DE CAMPOAMOR (*España*).

LA MAÑANA.

RIZADOS copos de nevada espuma
 Forma el arroyo que jugando salta,
 Ricos paisés de vistosa pluma
 En campos de aire el pajarillo esmalta;
 Alzase léjos nebulosa bruma,
 De sombras rica, si de luces falta,
 Y el verde prado y el lejano monte
 Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
 Su manto en oriente el alba tiende,
 Y blanca, y pura, y regalada lumbre
 De su frente de nácares desprende:
 Cándida silfa á su fugaz vislumbre
 El aire en torno sonrosado enciende,
 Y en su fuente la ondina voluptuosa.
 Se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina
 Del hondo mar sobre la rubia espalda,
 Ráfagas dando de su luz divina,
 Mécese el sol en lechos de esmeralda:
 La niebla á trozos quiebra y la ilumina,
 Del terso azul por la tendida falda,
 Y de naranja y oro, y fuego pinta
 Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,
 Y en la de flores mil, fértil llanura,
 Y en el seno del agua que serena
 Se desliza entre franjas de verdura,

El ruido alegre y bullicioso suena
De seres mil que cantan su ventura,
Prestando su algazara y movimiento
Voz á las flores, y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan
Coronadas de gotas de rocío,
Las avecillas revolando cantan
Al blando son del murmurar del río ;
Chispas de luz los aires abrillantan,
Salpicando de oro el bosque umbrío :
Y si el aura á la flor murmura amores,
La flor le brinda aromas y colores.

ESPRONCEDA (*España*).

EN DIAS DE ESCLAVITUD.

SEÑOR! Señor! el pájaro perdido
Puede hallar en los bosques el sustento,
En cualquier árbol fabricar su nido
Y á cualquier hora atravesar el viento!

Y el hombre, el dueño que á la tierra envias
Armado para entrar en la contienda,
No sabe al despertar todos los dias
En qué desierto plantará su tienda!

Dejas que el blanco cisne en la laguna
Los dulces besos del terral aguarde,
Jugando con el brillo de la luna
Nadando entre el reflejo de la tarde ;

Y á mí, Señor! á mí no se me alcanza
En medio de la mar embravecida,
Jugar con la ilusion y la esperanza
En esta triste noche de la vida!

Esparce su perfume la azucena
Sin lastimar su cáliz delicado,
Y si yo llego á descubrir mi pena
Me queda el corazon despedazado.

Y quién soy yo?—Poeta vagabundo
Que vengo como réprobo maldito
A contar una hora en este mundo
El presencia de Dios y lo infinito!

Vengo á pulsar el arpa un breve instante
Y en mi suerte mas bella solo espero,
Encontrar mi sepulcro como el Dante
Por las sendas tal vez del extranjero.

La estrella de mi siglo se ha eclipsado ;
Y en medio del dolor y el desconsuelo,
El lirio de la fé se ha marchitado,
Y no hay escala que conduzca al cielo.

Van los pueblos á orar al templo santo
Y llevan una lámpara mezquina,
Y el Cristo allí sobre la cruz en tanto
Abre los brazos y la frento inclina.

Voluptuoso el amor en sus placeres
No busca mirtos, ni laurel aguarde,
Y cubren con un velo las mujeres
El ángel adormido de su guarda ;

Tengo el alma, Señor! adolorida
 Por unas penas que no tienen nombres,
 Y no me culpes, nó! porque te pida
 Otra patria, otro siglo y otros hombres ;

Que aquella edad con que soñé no asoma,
 Con mi pais de promision no acierto ;
 Mis tiempos son los de la antigua Roma,
 Y mis hermanos con la Grecia han muerto.

J. C. ZENEA (*Cuba*).

EL PIRATA.

Cox diez cañones por banda,
 Viento en popa, á toda vela,
 No corta el mar sino vuela
 Un velero bergantín :
 Bajel pirata que llaman
 Por su bravura "el Temido,"
 En todo mar conocido
 Del uno al otro confin.
 La luna en el mar riela,
 En la lona gime el viento
 Y alza en blando movimiento
 Olas de plata y azul :
 Y ve el capitán pirata,
 Cantando alegre en la popa,
 Asia á un lado, al otro Europa
 Y allá á su frente Stambul.
 Navega, velero mio,
 Sin temor,

que ni enemigo navío
 ni tormenta, ni bonanza
 tu rumbo á torcer alcanza
 ni á sujetar tu valor.

Veinte presas
 hemos hecho
 á despecho
 del inglés :
 y han rendido
 sus pendones
 cien naciones
 á mis piés.

"Que es mi barco mi tesoro,
 Es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar."

Allá muevan feroz guerra
 Ciegos reyes
 Por un palmo mas de tierra ;
 Que yo aquí tengo por mio
 Cuanto abarca el mar bravío
 A quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa
 sea cualquiera,
 ni bandera
 de esplendor
 que no sienta
 mi derecho
 y dé pecho
 a mi valor.

"Que es mi barco mi tesoro," &c.

Á la voz de ¡barco viene!
 Es de ver
 Cómo vira y se previene
 Á todo trapo á escapar :

Que yo soy el rey del mar
Y mi furia es de temer.

En las presas

yo divido

lo cogido

por igual :

solo quiero

por riqueza

la belleza

sin rival.

“Que es mi barco mi tesoro,” &c.

¡ Sentenciado estoy á muerte !

Yo me rio ;

No me abandone la suerte,

Y al mismo que me condena

Colgaré de alguna entena

Quizá en su propio navío.

Y si caigo

¿ qué es la vida ?

por perdida

yo la dí

cuando el yugo

del esclavo

como un bravo

sacudí.

“Que es mi barco mi tesoro,” &c.

Son mi música mejor

Aquilones,

El estrépito y temblor

De los cables sacudidos,

Del negro mar los bramidos

Y el rugir de mis cañones :

Y del trueno

al son violento

y del viento

al rebramar,

yo me duermo

sosegado

arrullado

por el mar.

“Que es mi barco mi tesoro,” &c.

ESPRONCEDA, (*España.*)

Á CRISTÓBAL COLON.

Tu frágil carabela

Sobre las aguas con tremante quilla,

Desplegada la vela,

¿ Dó se lanza llevando de Castilla

La veneranda enseña sin mancilla ?

Y abriéndose camino

Del no surcado mar por la onda brava,

¿ Por qué ciega y sin tino,

Del pérfido elemento vil esclava,

La prora inclina á donde el sol acaba ?

¿ No ves como á la nave

Desconocidos vientos mueven guerra ?

¿ Cómo, medrosa el ave,

Con triste augurio que su vuelo encierra,

Al nido torna de la dulce tierra ?

La aguja salvadora,

Que el rumbo enseña y á la costa guía,

¿ No ves cómo á deshora

Del Norte amigo y firme se desvia,

Y á Dios y á la ventura el leño fía ?

Y el piélago elevado

¿ No ves al Ecuador, y cuál parece

Oponerse irritado

Á la árdua empresa ; y cuál su furia crece ;
 Y el sol cómo entre nublos se oscurece ?
 ¡ Ay ! que ya el aire inflama
 De alígeras centellas lluvia ardiente :
 ¡ Ay ! que el abismo brama ;
 Y el trueno zumba ; y el bajel trementa
 Cruje, y restalla, y sucumbirse siente.
 Acude, que ya toca
 Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
 En la cercana roca :
 Mira el encono y el adusto ceño
 De la chusma sin fé contra tu empeño.
 Y cuál su vocería
 Al cielo suena ; y cómo en miedo y saña
 Creciendo, y agonía,
 Con tumulto y terror la tierra extraña
 Pide que dejes por volver á España

 Engañosa sirena
 Vanamente el error cante en su lira :
 ¡ Colon ! clava la entena :
 Corre, vuela : no atras, avante mira ;
 Al remo no des paz : no temas ira.
 Y aunque fiero, atronado,
 Ruja el mar, dance el hombre y brame el viento
 Con furia desatado,
 Resista el corazon, y al rudo acento
 De tus pinos aviva el movimiento.
 Por la fé conducido,
 Puesta la tierra en estupor profundo,
 De frágil tabla asido,
 Tras largo afan y esfuerzo sin segundo
 Así das gloria á Dios, y á España un mundo.

 ¡ Qué humana fantasía
 Dirá tu pasmo ; y cuánto el pecho encierra

De orgullo y de alegría !
 Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra :
 Cual divina mision, allí la tierra.
 No el que buscas ansioso,
 Mundo perdido en Tártaras regiones :
 Mundo nuevo, coloso
 De los mundos, sin par en perfecciones ;
 De innumerables climas y naciones.
 De ámbos polos vecino
 Entre cien mares que á su pié quebranta
 El Ande peregrino,
 Cuando hasta el cielo con soberbia planta
 Entre nubes y rayos se levanta.
 Allí raudo, espumoso,
 Rey de los otros rios, se arrebatata
 Marañon caudaloso
 Con crespas ondas de luciente plata
 Y en el seno de Atlante se dilata.
 De la altiva palmera
 En la gallarda copa dulce espira
 Perenne primavera ;
 Y el condor gigantesco fijo mira
 Al almo sol, y entre sus fuegos gira.
 Allí fieros volcanes :
 Émulo al ancho mar lago sonoro :
 Tormentas, huracanes :
 Son árboles y piedras un tesoro :
 Los montes plata y las arenas oro.

R. M. BARALT, (Venezuela.)

AL NIÁGARA.

TEMPLAD mi lira, dádmela, que siento
 En mi alma estremecida y agitada

Arder la inspiracion. ¡Oh! cuánto tiempo
 En tinieblas pasó, sin que mi frente
 Brillase con su luz! Niágara undoso,
 Tu sublime terror solo podría
 Tornarme el don divino que ensañada
 Me robó del dolor la mano impía.
 Torrente prodigioso, calma, acalla
 Tu trueno aterrador; disipa un tanto
 Las tinieblas que en torno te circundan;
 Déjame contemplar tu faz serena,
 Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
 Yo digno soy de contemplarte: siempre
 Lo comun y mezquino desdendiando,
 Ansié por lo terrífico y sublime.
 Al despeñarse el huracan furioso,
 Al retumbar sobre mi frente el rayo,
 Palpitando gocé: ví al Océano,
 Azotado por Austro proceloso
 Combatir mi bajel, y ante mis plantas
 Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
 Mas del mar la fiereza
 En mi alma no produjo
 La profunda impresion que tu grandeza.
 Sereno corres, majestuoso, y luego
 En ásperos peñascos quebrantado,
 Te abalanzas violento, arrebatado,
 Como el destino irresistible y ciego.
 ¿Qué voz humana describir podría
 De la sirte rugiente
 La aterradora voz? El alma mia
 En vago pensamiento se confunde
 Al mirar esa férvida corriente,
 Que en vano quiere la turbada vista
 En su vuelo seguir al borde oscuro
 Del precipicio altísimo: mil olas
 Cual pensamiento rápidas pasando

Chocan y se enfurecen,
 Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
 Y entre espuma y fragor desaparecen.
 ¡Ved! llegan, saltan. El abismo horrendo
 Devora los torrentes despeñados;
 Crúzanse en él mil íris, y asordados
 Vuelven los bosques el fragor tremendo.
 En las rígidas peñas
 Rómpe se el agua: vaporosa nube
 Con elástica fuerza
 Llena el abismo en torbellino, sube,
 Gira en torno, y al éter
 Luminosa pirámide levanta,
 Y por sobre los montes que le cercan
 Al solitario cazador espanta.
 ¿Mas qué en tí busca mi anhelante vista
 Con inútil afan? ¿Por qué no miro
 Al rededor de tu caverna inmensa
 Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
 Que en las llanuras de mi ardiente patria
 Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
 Y al soplo de las brisas del océano
 Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
 Nada ¡ó Niágara! falta á tu destino,
 Ni otra corona que el agreste pino
 Á tu terrible majestad conviene.
 La palma y mirto y delicada rosa
 Muelle placer inspiren y ocio blando
 En frívolo jardin: á tí la suerte
 Guardó mas digno objeto, mas sublime;
 El alma libre, generosa, fuerte,
 Viene, te vé, se asombra,
 El mezquino deleite menosprecia,
 Y aun se siente elevar cuando te nombra.

ODA Á LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA.

¡ SALVE, fecunda zona,
 Que al astro enamorado circunscribes
 El vago curso, y cuanto ser se anima
 En cada vario clima,
 Acariciada de su luz concibes!
 Tú tejes al verano su guirnalda
 De granadas espigas; tú la uva
 Das á la hirviente cuba:
 No de purpúrea fruta ó roja ó gualda
 Á tus florestas bellas
 Falta matiz alguno: y bebe en ellas
 Aromas mil el viento;
 Y greyes van sin cuento
 Paciéndote tu verdura, desde el llano
 Que tiene por lindero el horizonte,
 Hasta el erguido monte
 De inaccesible nieve siempre cano.
 Tú das la caña hermosa,
 De do la miel se acendra,
 Por quien desdeña el mundo los panales:
 Tú en urnas de coral cuajas la almendra
 Que en la espumante jícara rebosa:
 Bulle carmin viviente en tus nopales,
 Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
 Y de tu afil la tinta generosa
 Émula es de la lumbré del zafiro.
 El vino es tuyo que la herida agave
 Para los hijos vierte
 Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya
 Que cuando de suave
 Humo en espiras vagarosas huya,
 Solazará el fastidio al ocio inerte.
 Tú vistes de jazmines
 El arbusto sabeo,

Y el perfume le das que en los festines
 La fiebre insana templará á Lieo.
 Para tus hijos la procera palma
 Su vario feudo cria,
 Y el ananás sazón su ambrosía:
 Su blanco pan la yuca,
 Sus rubias pomos la patata educa,
 Y el algodón despliega al aura leve
 Las rosas de oro y el vellón de nieve.
 Tendida para tí la fresca parcha
 En enramadas de verdor lozano,
 Cuelga de sus sarmientos trepadores
 Nectáreos globos y franjadas flores;
 Y para tí el maíz, jefe altanero
 De la espigada tribu, hincha su grano;
 Y para tí el banano
 Desmaya al peso de su dulce carga:
 El banano, primero
 De cuantos concedió bellos presentes
 Providencia á las gentes
 Del Ecuador feliz con mano larga.
 No ya de humanas artes obligado
 El premio rinde opimo:
 No es á la podadera, no al arado
 Deudor de su racimo;
 Escasa industria bástale, cual puedo
 Hurtar á sus fatigas mano esclava;
 Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
 Adulta prole en torno le sucede.

A. BELLO, (Venez.)

 Á UNA GOLONDRINA.

¡ SALUD, dulce golondrina,
 Allá en el suelo africano

Bella, errante peregrina ;
Salud, perenne vecina
Del ardoroso verano.

Tu cántiga placentera
Llevaste á lejanos mares :
La atrevida, la parlera,
Bien llegada á estos lugares,
Amorosa compañera ?

Bien llegada al suelo amigo,
Do no errante, ni perdida,
Te dará á la par conmigo
Un mismo techo el abrigo
En blando nido mecida.

Vuelve, amiga, descuidada,
Á este recinto sereno
Que te guardo regalada :
Aun duran de pluma y heno
Los restos de tu morada !

Aquí tus amores fueron,
Y aquí tu cancion amante ;
Aquí tus hijos nacieron
Y á tu arrullo se adurmieron
Bajo el ala palpitante :

Y aquí mi voz se mezclaba
Á tu viva cantilena ;
Y aquí impaciente aguardaba
Esa vuelta que tardaba
De amor y recuerdos llena.

Y eres fiel agradecida,
Y no te aguardaré en vano ;
Que nunca fué desmentida

Esa tu fé prometida
Al ardoroso verano.

¡ Á cuántos, ay! golondrina
Qué lealtad y fé cantaron
La ingratitud se avecina !
¡ Cuántos con planta mezquina
Sus juramentos hollaron ! . . .

Mas no tú : fiel y graciosa
Cuando se allega el estío,
Vuelves tierna y amorosa
Allá de playa arenosa
Do te arroja invierno frío.

No olvidaste, no, los dones
De este suelo bienhechor,
Ni las fuentes ni la flor,
Ni olvidaste los rincones
De tu asilo protector.

Velvistes enamorada
Á este recinto sereno
Que te guardo regalada,
Y aquí de plumas y heno
Formarás nueva morada.

Cantarémos, golondrina,
Mis recuerdos y tu amor
Mientras que el sol ilumina ;
Sin que entibie la neblina
Ni sus luces, ni su ardor.

CAROLINA CORONADO, (*España.*)

¡ ALLÁH AKBÁR!

Noche azul ciñe la tierra ;
 Ilumina el firmamento
 Blanca luna : manso viento
 Mece el bosque en lento son,
 Y las torres de la Alhambra
 Que á sus copas sobrepujan
 En los pliegues se dibujan
 De su verde pabellon.

En los fértiles collados
 Extendida está Granada
 Que respira embalsamada
 Los perfumes del Abril,
 Adorada de las aves,
 Favorita de las flores,
 Adormida en los amores
 Y en poder de Boabdil.

Todo en torno en paz reposa :
 Solamente allá en la hondura
 Se oye el Darro que murmura
 Entre guijos al pasar ;
 Y al murmullo de sus ondas,
 Desvelada entre la amena
 Soledad, á Filomena
 Amorosa gorjear.

Todo yace en sueño y sombra,
 Á la luz de las estrellas :
 Solo lucha con la de ellas
 La que alumbra un ajimez
 De la torre de los picos,
 Y á traves de cuya espesa
 Celosía, brilla presa
 Su rojiza brillantez.

¿ Quién allí tan á deshora
 En aquella torre vela
 Mientras guarda un centinela
 Su almenado murallon ?
 ¿ Quién allí por dicha ó duelo
 El reposo dulce esquivo ?
 ¡ Alláh Akbár ! es la cautiva
 Que perdió su corazón.

Garza jóven, sorprendida
 En las lomas de Antequera
 Al tender la vez primera
 Tiernas alas hácia el sol,
 No ha podido libre al viento
 Al cruzar verde paisaje
 Ostentar de su plumaje
 El brillante tornasol.

Blanco lirio que entre nieve
 Consiguió brotar apénas,
 Trasplantado á las amenas
 Praderías del Jenil,
 En sus cármenes fecundos
 Con su riego nutritivo
 Perfumado, fresco, altivo
 Desplegó su flor gentil.

Pobre niña, entrada apénas
 En sus quince abriles bellos
 Sin saber apreciar de ellos
 La belleza ni el valor,
 Fué en el campo cultivada
 Por un noble Abencerraje
 Y ofrecida en homenaje
 Por traicion á su señor.

Acusaron de ocultarla
 Los Gomeles á su dueño ;